

Antonio Romera

Caricatura y anécdota en la generación del '98.



L libro del alemán Hans Jenske sobre la generación literaria española de 1898, ha puesto de actualidad a la famosa pléyade hispana. De España misma llegan ecos de ese reverdecer y los escritores jóvenes llevan al libro y a la revista distintos pareceres.

Es innegable que hoy nadie duda de la existencia del grupo coetáneo, a pesar de lo que afirma Baroja. El descreído don Pío niega que se haya producido en España, en 1898, una corriente de pensamiento con un nexo común, con las mismas inquietudes y con los mismos o parecidos objetivos finales. Contra esta opinión se alzan—entre otros muchos— Valbuena Prat, en un penetrante estudio sobre la poesía contemporánea, y Pedro Salinas, que ha sabido remachar el clavo con los eficaces golpes de su *Literatura Española del siglo XX*.

«La generación existe—ha escrito Azorín, bautizador y descubridor del grupo—. Y existe independientemente de su historicidad. Si se cree en ella existe. Y si determina adhesiones y oposiciones, ¿qué más puede pedirse?». Más adelante apunta: «Ningunos escritores han sentido España con más hondura».

El pavoroso problema nacional de finales de siglo, la decadencia política, la abulia espiritual, el desastre colonial de Cuba y Filipinas y la bancarrota de la hacienda, fueron el revulsivo que empujó a estos escritores a plantearse soluciones, llevando el problema a sus obras, en las que campea el desaliento trágico.

Ellos fueron los despertadores de la conciencia juvenil. Los españoles de mi tiempo fuimos formados en sus libros. Aprendimos en Azorín y en Baroja un nuevo sentido de la patria, una nueva y más noble inquietud.

El influjo moral de estos dos escritores sobre las juventudes ansiosas de una renovación fué inmenso.

Pero no es de esto de lo que deseamos hablar hoy. Nosotros queremos ver a los representantes más egregios de la generación de 1898 bajo distinto aspecto. Queremos hacer una breve interpretación de los hombres del 98 a través de la greguería lineal de la caricatura y de la anécdota. Tratamos, sobre todo, de ver cómo la caricatura—siquiera sea literaria en este caso—realiza, por medio del impresionismo estilizado y gráfico la correspondencia entre la obra y la síntesis gráfica.

Tratamos también de conservar el tópicó.

¿Qué se ha dicho en términos generales de estos hombres? ¿Cuáles son sus caracteres específicos?

Veamos cómo las líneas nos dicen con su expresivo lenguaje gráfico que Unamuno es atormentado; Azorín insignificante y gris; Benavente, cínico, ligero y con extraños complejos feminoídes; Baroja, hispido, repelente y gruñón; Valle Inclán, fluente, barroco, descomunal.

*

Todo el mundo está de acuerdo en ello. Don Miguel presentaba un aspecto característico e inolvidable. Alto, ligeramente cargado de espaldas, con la frente huidiza y encendida. Con las cejas en asombrado arco sobre sus lentes de carey, semejaba un ideal buho en la negra mancha de su silueta. La plateada barba, destacándose en el cerrado y oscuro chaleco, aumentaba esta impresión de ave noctívaga.

La angustia, la agonía mortal de Unamuno, su soledad y su monólogo perpetuo y hamletiano parecían anidar cabalmente en este cuerpo de pajarraco agorero. Unamuno era el símbolo vivo de la esencia ibérica; dentro de su entraña se desarrollaba el eterno combate entre las mismas fuerzas que desgarraron a la patria.

Bagaría lo ha representado, en efecto, en el serpenteo nervioso de sus líneas, como el alado símbolo de la Minerva intelectual. Nunca ha sido reflejado un

espíritu de manera más sutil. Toda la honda psicología del personaje aparece en estos trazos con la fuerza que le da su propio sintetismo impresionista. La línea es aquí, como alguna vez pudo decir don Miguel, la cifra del caricaturizado. «Yo sé decir—escribe Unamuno en el catálogo de la exposición de Bagaría, en 1917—que las caricaturas que de mí ha hecho Bagaría me han servido, más que otras cosas, para verme desde fuera de mí y como los otros me ven, y así su arte me ha purificado con el más hondo «conócete a ti mismo» que es: «conócete con el conocimiento ajeno».

*

La caricatura de Azorín nos lleva a la representación formal de un espíritu silencioso y delicado. Las líneas nos lo dicen con toda claridad. Con las curvas hacia abajo, inclinándose a la tierra, con las facciones desdibujadas como las daguerrotipias que el escritor suele exhumar en sus libros. Sensible y triste, callado e insignificante. Azorín es gris como las tierras y tolvaneras que pinta, como los monótonos y agrios paisajes de su Castilla. Sirio nos ha dado del maestro de la prosa una imagen que es la cabal proyección de su espíritu. En la caricatura se hacen patentes la melancolía y esa indefinible angustia con que el autor de *La Voluntad*, absorto y alucinado, contempla con sus ojos vacíos el deslizar eterno de las nubes...

Cuando Bagaría captó con su agudo lápiz los trazos

nebulíticos del escritor. Azorín recordó a ciertos imagineros postgóticos y dijo: «¡Oh, qué bien pintaba el Boscol! ¡Oh, qué bien que caricaturiza Bagaría! Como el Bosco, Bagaría nos da una sensación extraña e inquietante. No pinta las cosas, sino el extracto de las cosas . . . ».

Azorín, «primores de lo vulgar, se nos aparece en la exacta imagen caricaturesca de Ortega y Gasset como retratado por alguno de los cuatrocentistas, pulida e inmóvil la faz con las manos de venas traslúcidas sobre el negro jubón, en el dedo anular una sortija de sándalo, y en el pulgar y el índice de la otra mano—minúscula, insinuante y mística—una violeta».

Díaz-Plaja, traza una brevísima caricatura, brevísima pero exacta del estilista. Lo ve apaletado (los grandes ingenios de España llevan siempre el signo indeleble del apaletamiento: Goya, Solana, Baroja, Machado, etc.), con su rojo paraguas provincial, pero incrustado en su ojo derecho el monólogo petulante.

*

Don Pío es el incorregible «hombre malo de Itzea», l'enfant terrible de la generación noventaiochista, que él niega por espíritu de contradicción, aun cuando su primer libro *Vidas sombrías* y la serie de novelas del hampa madrileña lo están acusando inexorablemente.

Los retratos del vasco son numerosos. Entre las caricaturas literarias una de las más ácidas pertenece a

Salaverría: «Con su barba rubia y su voluminosa cabeza calva, Pío Baroja mantenía un monótono ritmo en el andar, que lo mismo recordaba el vagabundo de las interminables, como al auxiliar de una universidad provinciana dando vueltas sin fin por los soportales de la Plaza Mayor».

En la charge bagariana vemos su espíritu encerrado en estas líneas que parecen carlanca de mastín. La curva del cráneo, perfecta, armónica, ancha, se quiebra luego violentamente en la aspereza de la barbiche de jefe de una subprefectura francesa.

Baroja nos parece a nosotros envuelto en la hirsuta piel de uno de los osos de sus montañas vascas. Aquí tenemos al autor de *Juventud* y egolatría escéptico y desconfiado, macuco y reservón, con el entrecejo en punta. En su ancha frente se cocinan con la mejor salsa noventaiochista los improperios famosos. Parece que lo escucháramos. «Flaubert es animal de pata pesada. Se ve que es normando. Toda su obra tiene peso específico; a mí me fastidia». «Leer a Pereda— sigue diciendo—es ir sobre una mula caprichosa y resabiada que marcha con un trotecillo incómodo y hace cabriolas amaneradas a estilo de caballo de circo».

*

Valle Inclán es el modelo más famoso de la generación del 98. Sus caricaturas son numerosas. Bagaría, Sirio, Tovar, Fresno, entre otros muchos, han llevado

a sus cartones la efigie del escritor. Y es que Valle Inclán con sus barbas fluviales, encendidas y plúrimas, barroco, retorcido, impertinente, es la esencia gráfica y aparential de su estilo literario. Soberbio, este Bradomin de café madrileño se ha autocaricaturizado cabalmente: «Este que véis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramón del Valle Inclán».

No solamente la caricatura en los hombres del 98 alcanza con Valle su máxima exaltación. El esperpento, lo descomunal y la anécdota, es decir lo caricaturesco literario, entran en la famosa pléyade llevados de la mano por la mano impar del autor de *Divinas palabras*. La literatura de Valle Inclán no está muy a tono con las características del grupo coetáneo, pero sí, su vida y el arranque anárquico de su impulso vital.

En las caricaturas de Bagaría la cabeza de este escritor vociferante y genial, es como una cornucopia diecióchesca. Las líneas del arabesco humorístico definen con agudeza lo hiperbólico, lo paradojal y quijotesco del modelo.

Valle hizo del café el templo de un rito nuevo, de una nueva religión, la religión del sarcasmo y de la ironía. Sus frases se hacían pronto famosas y se echaban a vivir una vida al margen de la exquisita literatura escrita del maestro. Cuando se estudie más completamente la generación del 98 habrá que insistir en

este aspecto de la anécdota y trazar un balance del ingenio desperdigado.

Se hablaba un día en la tertulia del actor catalán Enrique Borrás y Valle, tras elogiarlo, dice: «... pero no me gusta, agiganta los personajes. Les da demasiado empaque y autoridad... En mi obra, como ustedes saben, hace un sacristán de aldea... Pues me lo encontré convertido en el cardenal Segura...».

Don Ramón tenía la costumbre de dibujar en la blanca y pétrea mesa cafeteril. Cuando Gómez de la Serna le preguntó qué hacía, el novelista respondió:—«Dibujos rupestres... Frente a estos mármoles se siente uno vivir en el neolítico».

Mas, donde la anécdota ha incidido de preferencia en la vida de Valle Inclán, ha sido en el episodio de la pérdida del brazo. En las *Sonatas* don Ramón ha explicado su manquedad de una manera deliciosa. Sublimiza la amputación en el episodio de las memorias famosas, la poetiza, se hace el valiente y ante el asombro de la niña conventual, dice: «Ese brazo no me servía de nada». Y luego: «La niña me miró con los labios trémulos, abiertos sobre mí sus grandes ojos, como dos florecillas franciscanas de un aroma humilde y cordial. Yo le dije, ansioso de gustar otra vez el consuelo de sus palabras tímidas. —«Tú no sabes que si tenemos dos brazos es como un recuerdo de las edades salvajes, para trepar a los árboles, para combatir a las fieras... Pero, en nuestra vida de hoy, basta y sobra con uno, hija mía... Además, espero que esa

rama cercenada servirá para alargarme la vida, porque soy como un tronco viejo».

Ramón Gómez de la Serna ha inventado innumerables versiones de la pérdida de la mano sarmentosa y fantasmal. En su libro sobre el novelista, escribe: «Pocas veces hablaba don Ramón de su brazo, pero una me dijo que él tenía una particularidad extraña en el muñón: que todo el pelo que habría estado diseminado por el brazo se aglomeraba allí como una brocha de pelo japonés».

*

Otros hombres del grupo del 98, carecen de caricatura y anécdota. Machado, que es una de las más nobles voces en la pléyade genial, atraviesa su Castilla como una vaga sombra gris. Por eso Rubén Darío, maestro del matiz y de lo inconcreto, pudo darnos la magistral caricatura:

Misterioso y silencioso
 iba una y otra vez.
 Su mirada era tan profunda
 que apenas se podía ver.
 Cuando hablaba tenía un dejo
 de timidez y de altivez.

*

Así fué esta generación en uno de los aspectos que no deben descuidarse cuando se penetra en la esencia de un grupo literario.

Las caricaturas de Bagaría, de Fresno, de Sirio, son documentos preciosos para la definición del espíritu de esos maestros. El viejo humorista de El Sol ha sido en verdad el caricaturista oficial de la generación. No solamente en las efigies sintéticas de cada uno de los escritores, artistas y políticos de la época está la espiritualidad creadora. Bagaría ha puesto también en los comentarios humorísticos de la prensa un elemento principal para comprender los impulsos. El lápiz de Bagaría supo captar lo mejor de cada uno. Lo mejor o lo característico. Abí está Madariaga con su aire rapaz; Benavente con su cabeza de insecto indefinible; Rusiñol como un viejo y fáustico panida cubierto de pámpanos, los dulces claros ojos de Gabriel Miró; Ortega, con su frente inmensa y su ojo penetrante; Marañón, con su aire de niño listo. Nada ha escapado a este Chanfort del lápiz, definidor gráfico de una generación admirable. La caricatura y la anécdota han puesto en ella el nimbo paradójal y atrabiliario de un humor abierto, por segunda vez, a los aires de la universalidad.